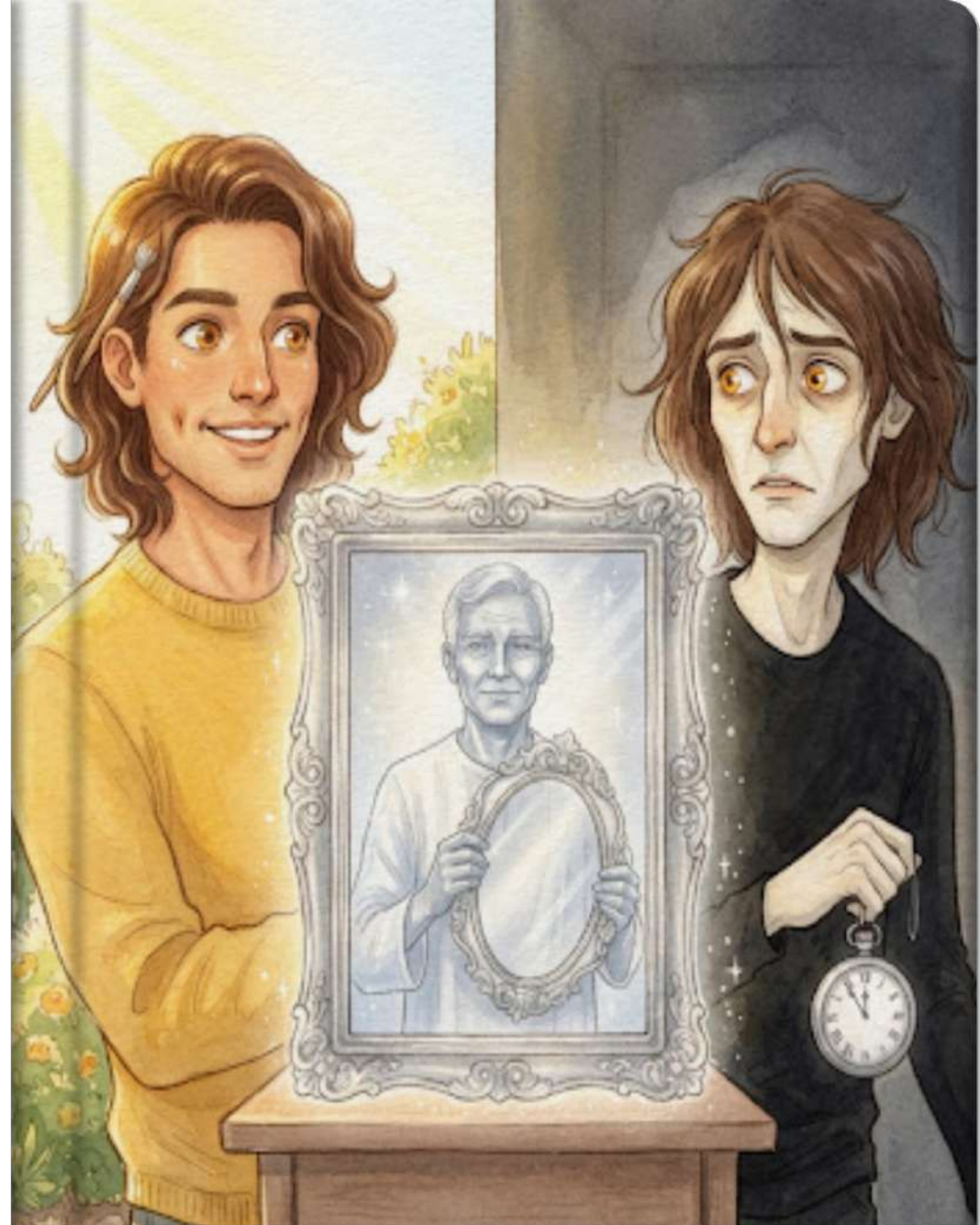
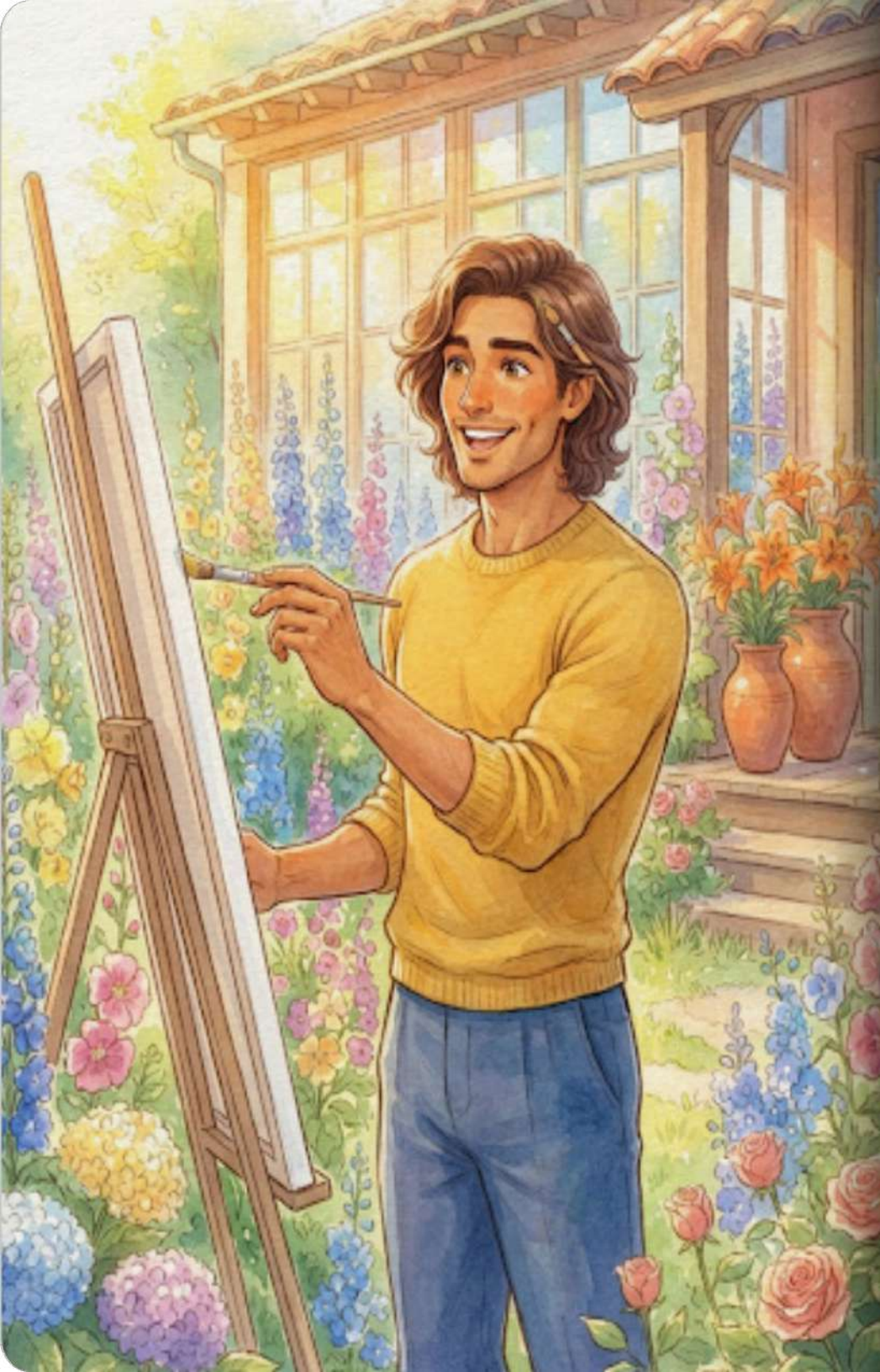




El Reflejo de la Sombra

De Mi Libro de Cuentos



Leo vivía en una casa donde siempre parecía brillar el sol, incluso cuando las nubes cubrían el cielo. Todo lo que tocaba florecía: sus cuadros eran los más coloridos y su risa llenaba las calles del pueblo. Era un hombre que caminaba con paso ligero, como si llevara muelles en los zapatos y música en los bolsillos, disfrutando de cada pequeña maravilla que encontraba.



Al otro lado de la colina, en una casa de persianas bajadas y pasillos silenciosos, vivía su hermano gemelo, Teo. Aunque sus rostros eran idénticos, sus expresiones no podían ser más distintas. Teo pasaba las horas midiendo el éxito de Leo con una regla invisible que siempre lo dejaba a él como el más pequeño. El aire en su casa era pesado y gris, cargado de comparaciones amargas.



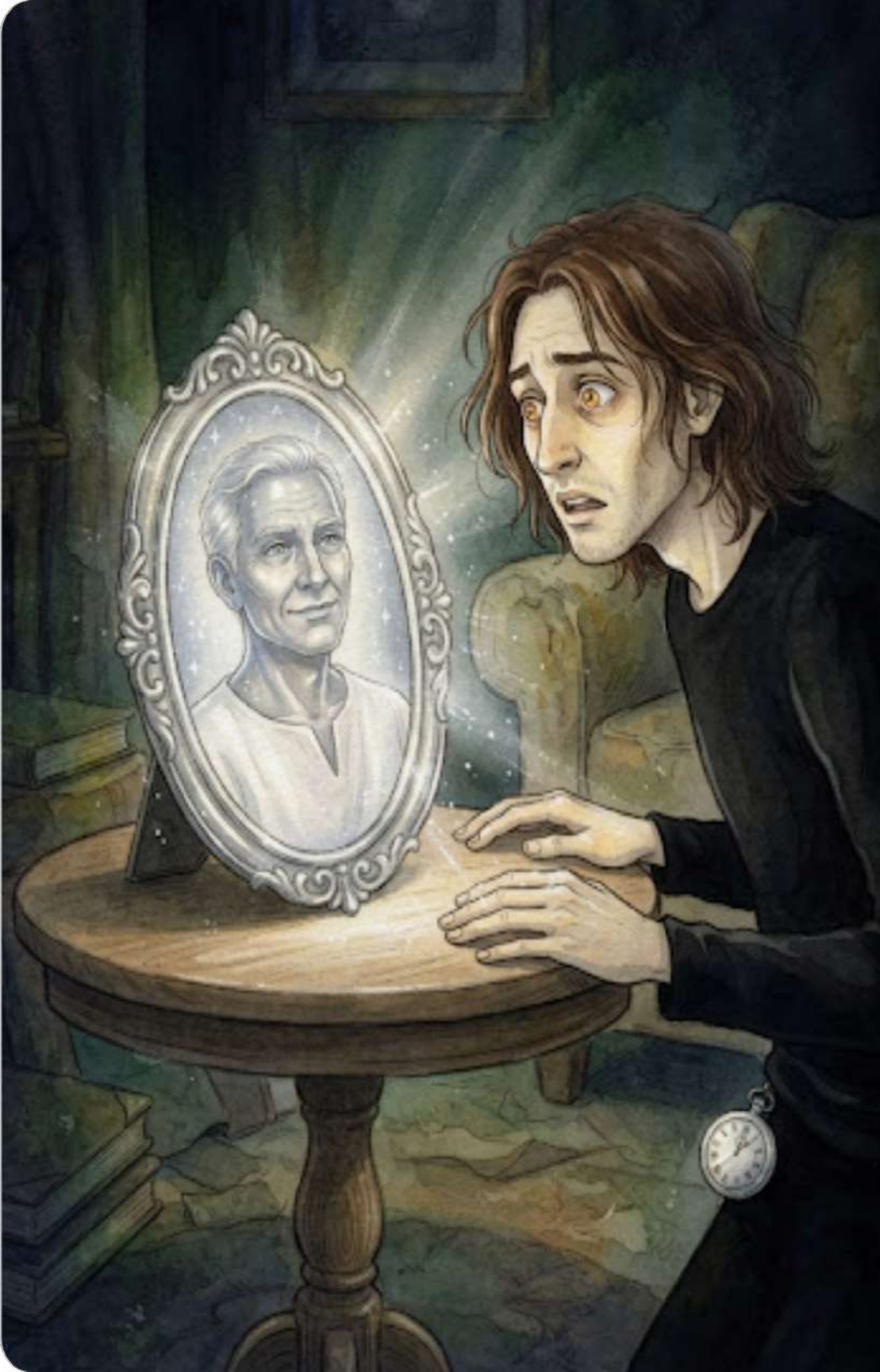
"Si yo tuviera lo que él tiene",
murmuraba Teo mientras observaba la
silueta de su hermano a través de la
ventana, "entonces yo también sería
feliz". Su envidia no era un fuego
ardiente, sino un hielo persistente que
le entumecía las manos y el corazón.
Estaba tan obsesionado con la vida de
Leo que se olvidaba de construir la suya
propia, dejando que sus pinceles se
secaran.



Una noche sin luna, Teo decidió que ya era suficiente. Se deslizó por la ventana de la casa de Leo, moviéndose con la agilidad de una mancha de tinta en la oscuridad. Estaba convencido de que la fortuna de su hermano no era casualidad, sino un "secreto" guardado bajo llave. Con el corazón latiendo con fuerza, comenzó a registrar cada rincón en busca de ese tesoro oculto.



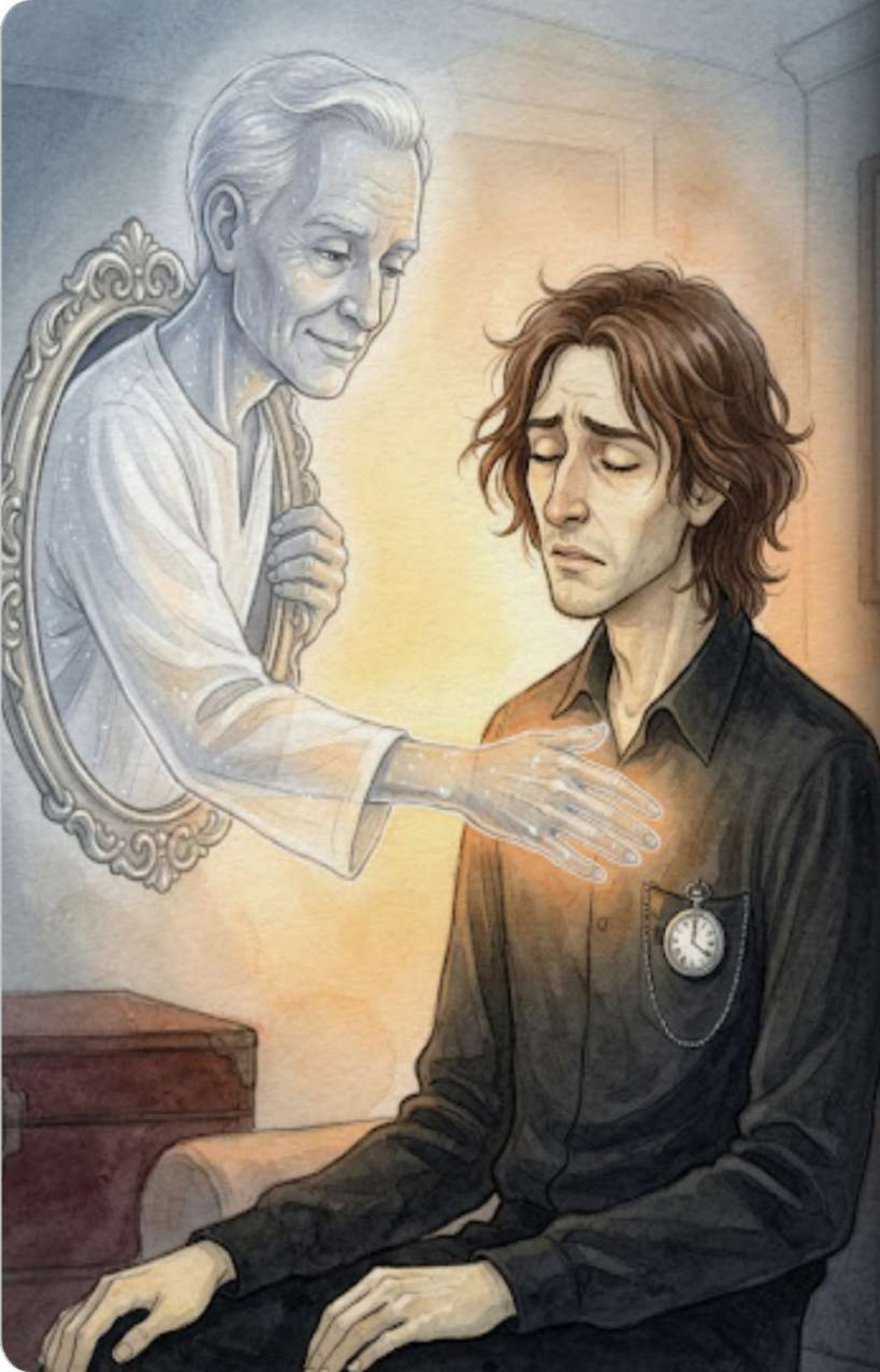
Al llegar al centro del salón, Teo extendió la mano hacia un cofre de madera tallada que brillaba sutilmente. Pero en el momento en que sus dedos rozaron la madera, el aire se volvió denso como la miel. Sus pies se hundieron en el suelo y sus brazos se volvieron pesados como la piedra. Una luz plateada surgió de las sombras, dejándolo completamente inmóvil en medio del robo.



Frente a él, sobre una pequeña mesa, estaba el retrato de su difunto abuelo, Artemio. Teo nunca se había fijado bien en esa fotografía, pero ahora, bajo el hechizo de la quietud, los ojos del abuelo parecían cobrar una vida propia y sabia. El silencio de la casa se llenó de un susurro cálido que recordaba al viento moviendo las hojas de los pinos en otoño.



—Llevas una carga muy pesada, Teo —
dijo la voz del abuelo Artemio desde el
marco—. Pero no es el oro lo que te
dobla la espalda, sino el peso de lo que
no dejas ser. Estás tan ocupado
queriendo la luz de tu hermano que has
olvidado que tú también eres una
estrella. Has entrado aquí buscando un
tesoro, pero has traído contigo el
invierno.



—Él lo tiene todo y yo no tengo nada —
sollozó Teo en su mente, pues no podía
mover los labios. El abuelo suspiró y, en
la foto, extendió una mano hacia el
corazón de su nieto. —Él tiene lo que
tiene porque ama lo que hace. Pero hay
algo que le falta, Teo: le falta el amor de
su hermano. Tu prosperidad está
enterrada bajo una montaña de piedras
grises y rencor.



A la mañana siguiente, Teo regresó a la casa, pero no para robar. Le llevó a Leo un viejo dibujo que habían hecho juntos de niños. Con el tiempo, el taller de Teo también se llenó de luz y sus propias obras empezaron a brillar con una fuerza única. Descubrió que cuando dejas de mirar con recelo el jardín del vecino, el tuyo empieza a florecer con más fuerza que nunca.